

El signo. Comentario sobre el trabajo del Dr. E. Alba.

Ateneo Científico de APDEBA, 21 de junio 2022.

Carlos Moguillansky

Enrique Alba nos propone una discusión sobre el signo como unidad léxica. En nuestro medio el tema se relaciona con las ideas de significante y de síntoma. Me interesa desarrollar el debate sobre el modo en que un analista se aproxima al material de su analizante. Para usar la frase de Lacan que disparó el interés de Enrique: ¿qué hace signo? Es decir, si brinda un marco para que éste defina el enigma de su síntoma o si segmenta al material según los signos que él define. En sencillo: ¿quién interpreta al enigma del síntoma y en qué se basa para hacerlo? ¿Lo hace sobre los indicios inconscientes de la asociación libre, se basa en la relación sgnica del síntoma y sus identificaciones, se apoya en la historia o busca el conflicto presente en la transferencia? Cada elección define una política de abordaje diferente. Esta no es una discusión semántica, estamos hablando de prácticas distintas. Por estas razones, es necesario decir desde qué lugar comentaré las ideas de Enrique, porque mi interpretación será tan sesgada como otras posibles.

Tomaré dos ejemplos clásicos extremos: Una analizada de Jacques Lacan sueña con la Gestapo y él le hace una caricia en la mejilla – un geste-à-peaux. Su acto hace un signo intersubjetivo – la caricia – donde había una vivencia de terror sin sentido. Donald Meltzer interpreta el sueño de la ensalada de lechuga sola – *lettuce alone* – como déjanos tranquilos - *let us alone*. Hay otros ejemplos, el de Blos con Babylone en Tomás, el de Lacan con Westminster. Allí donde hay un enigma, el analista segmenta el discurso y selecciona o lee un signo. Todos los casos produjeron metáforas – hoy se diría sinécdoques – que dislocan el sentido del discurso y lo reenvían a otro. El sentido no es ganado en la frase original, sino en una nueva frase que lo usa de otro modo.

El encuadre del intérprete es una referencia que da sentido al discurso, al elegir el interpretante. Él segmenta al discurso analítico en unidades que podremos llamar, por razones de economía, signos. El intérprete hace signo del detalle discursivo que queda, de algún modo, referido por su propia grilla comprensiva. La Gestapo se vuelve caricia y la lechuga se vuelve déjame tranquila. El encuadre de un análisis depende de la teoría del analista y del medio en el que él se mueve. Esto quedará claro en la discusión. En cada análisis distintos hechos serán signos y cada hecho será o no signo para distintos observadores. El signo es un resultado ideológico. Su verosimilitud no es inocente pues no es un reflejo mimético de la realidad. Él signo "refleja y refracta" la trama contextual de quien lo define y lo interpreta. Así, su naturaleza significa una o muchas cosas: es escurridizo, inacabado, abierto, dinámico y capaz de generar nuevas informaciones a diferentes receptores. El signo es una lectura y no un reflejo de la realidad; su interpretación se alimenta del esquema conceptual operativo del lector. Esa lectura interpreta; y crea el discurso en el que el lector puede ser, a su vez, también un autor, en la medida en que todos somos autores de lo que U. Eco llama una obra abierta cuando leemos, hablamos, escuchamos o escribimos.

Veamos otra definición de signo:

Desde las ideas propuestas por Ferdinand de Saussure, un término cualquiera es un signo de la lengua, en tanto su naturaleza fónica - supongamos verde o rojo - remite a un significado fijo - los colores verde y rojo - fijados por el uso lingüístico. A su vez, los signos ganan, en el uso de la lengua, nuevos significados por su relación con otros signos - verde se relaciona con un paisaje, con una ensalada o con una tendencia política. Mantiene su alusión original al color verde, pero en cada caso, verde adquiere otro valor en función del intérprete que intercala la ensalada o la tendencia política. Alba propone las nociones de interpretante y de intérprete, en acuerdo con

Peirce. El signo remite a un interpretante abierto a la interpretación del intérprete. El signo tiene una significación fija – el color verde aludido por el signo verde – y una significación variable - que gana en los usos de verde en la lengua. La cualidad variable del signo es el significante, en tanto funciona como un término vacío que obtiene su significación en su combinación con otros significantes. Así los verdes pueden significar tanto los militantes del cuidado del planeta como los dólares, los chistes o los viejos que piensan en sexo. Finalmente, el signo puede ser opaco y no remitir a un significado conocido. Esto es bien sabido a partir del síntoma neurótico. Éste es un signo opaco con un significado desconocido, que busca ser descifrado en un psicoanálisis.

El síntoma es un término enigmático que propone un sujeto, cuya interpretación inconsciente se inmiscuye en la consciencia. Pierde su valor inicial de signo debido a su significación opaca. Aquí hay una diferencia. El signo mantiene su significado convencional – acordado por el uso de quienes lo hablan. El síntoma inaugura un significado singular, no convencional, que se refugia en el inconsciente de quien lo formula o lo padece. El signo es un término transparente a cualquier intérprete competente. El síntoma, al contrario, es opaco a la interpretación y requiere un rodeo para saber su significado. El intérprete debe acceder a los interpretantes inconscientes de ese signo enigmático.

Las nociones de interpretante y de intérprete son temas trabajados por las teorías del discurso y de la información, especialmente en la propaganda y la industria de los medios, con su énfasis en la redundancia y la auto referencia. Oscar Traversa y Oscar Steinberg estudiaron esa función en el discurso mediático y en la construcción de una opinión o argumentación. Cada emisor ejerce la autorreferencia a la red que lo conecta a sí mismo y a otros en un coro mediático. Así sostiene y confirma la iniciativa de un discurso común. Sólo importa instalar la iniciativa: hablar de lo que se habla en el ida y vuelta de las mutuas referencias discursivas. La acción redundante de cada emisor del coro mediático opera sobre lo que Pierre Charaudeau llamó el destinatario ideal, vale decir, la audiencia que el coro de emisores tiene in mente al enunciar su mensaje.

Aquí está el punto clave del sistema. El signo es un acuerdo neutro de significación, - el rojo del semáforo. Él define quién entiende qué y sobre cómo se entiende qué, cada vez que una persona enfrenta un semáforo. Luego, sobre ese acuerdo, el coro instala un sentido de ese signo: por ejemplo, el rojo del semáforo “dice”: “*¡basta de sangre derramada, de comunismo, etc.!*”

Veamos la frase: *El silencio es salud*, emitido junto a la enfermera que hace el gesto del dedo sobre la boca. La frase instaló una campaña municipal contra los ruidos molestos, pero falló su destinatario ideal cuando se transformó en el intérprete popular, que interpretó ese signo como la advertencia irónica a no hablar de lo que no conviene. La frase tiene vigencia en cualquier contexto, como una forma del discurso políticamente correcto: ¿conviene hacer silencio o quizás convenga, alguna vez, soliviantar el avispero? Veamos las consecuencias del tema que propone Alba sobre el signo y el síntoma, cada vez que, en esos casos, cambia el lugar y la función del intérprete, que se desliza desde el lugar inconsciente del sujeto hacia el lugar consensual o arbitrario del intérprete que lo descifra desde la grilla de su teoría. Ese deslizamiento no es gratuito en la política de la interpretación psicoanalítica. Posiblemente estamos lejos de pensar que un bastón es un pene o que dos montañas son los senos de la madre, pero veremos que el problema es aun más agudo.

◦ ◦ ◦

En este contexto, me interesa subrayar el riesgo del escamoteo del sujeto que se puede deslizar si la noción de signo pierde su valor significante. La caída del sujeto se ve en la manera de pensar el malestar personal como un conjunto de síntomas y de signos neutros, al normalizarse en un síndrome o un trastorno, y pierden su carácter enigmático. Los signos se vuelven elementos de una significación neutra -el color verde de la enfermedad hepática – abiertos a la interpretación experta de quien sabe de eso. Ese verde es icterico y no es subjetivo ni histérico. La utilidad innegable de ese enfoque en la medicina tiene su riesgo cuando se aplica al malestar anímico.

La segmentación infinita de la clínica en especializaciones arbitrarias escamotea al sujeto del malestar. El sujeto queda supeditado a un abordaje que lo evita, en tanto se ocupa del signo o del síntoma, sin articularlos con el conflicto que los genera. Hace unos meses circuló una entrevista a W. Bion sobre si era posible el cuidado psicoanalítico del enfermo con cáncer. Quienes lo vieron pudieron ver a un Bion enfático y casi enojado, que proponía que quizás sea mejor ver allí a personas con una mente sensible, en vez de un cuerpo en camino al funeral. Bion pretendía que la condición de canceroso terminal no es una buena definición de la persona ni del problema que ella tiene con su vida. Una persona no es la angustia que siente ni el síntoma que la aqueja. Ella trasciende eso y no puede agruparse en un trastorno: alimentario, sexual o canceroso. Se trata de su condición de persona. Siempre es posible ayudar a otro, si se acepta su condición de ser sensible y pensante. Y no se la confunde con su síntoma o con su signo. El deslizamiento es sutil, pero definitorio de cuál es la política interpretativa de un psicoanalista.

El signo ha sufrido cambios a lo largo del siglo, en especial con los aportes de Émile Benveniste, Jean Martinet y Luis Prieto sobre la connotación y los de Mihail Bajtín sobre el contexto. No es posible sostener una división explícita entre la sintaxis y la semántica, pues el significado está connotado en el contexto. Veámoslo a la luz de lo que aconteció con las ideas de signo y de síntoma en el siglo pasado. En las décadas del 40 al 70, el psicoanálisis cobró una gran relevancia científica. Y, con él, surgió un interés creciente en las ideas de síntoma, sentido e interpretación. Ese interés apuntó a establecer un sujeto del sentido a partir de la distinción entre los sujetos de la enunciación y del enunciado. La importancia del enunciado como un efecto producido por lo inconsciente ponía el acento en la responsabilidad de cada persona por sus enunciados y, con ello, por sus síntomas. En los 70, la situación cambió sobre todo en USA y eso se puede constatar en los manuales de diagnóstico conocidos como DSM III y IV¹. En su redacción - de fuerte tono anti psicoanalítico - se verifica la desaparición de la nomenclatura analítica a favor de la nueva enciclopedia cognitiva y performativa. La noción de neurosis desapareció y quedó reemplazada por la idea de trastorno. Del mismo modo, la descripción semiológica de la psiquiatría perdió interés por el síntoma y dio una definición de síndrome, bajo la presión de la medicina centrada en la evidencia. La necesidad de objetivación - promovida por el desarrollo de estudios objetivos de diagnóstico – valoró más el laboratorio y los estudios de imágenes que la ambigua descripción subjetiva del paciente. En el mundo urgido por el tiempo y la tecnología, el signo derrotó al síntoma. Desapareció el conflicto y también desapareció el sujeto.

El riesgo de la desaparición del sujeto acarrió el riesgo paralelo de la deshumanización de la clínica. Y tuvo una respuesta en el desarrollo de técnicas de ayuda, consejos y estrategias del estilo: *un malestar, un remedio*. La fórmula de la llave para una cerradura propuso una clínica segmentada que provocó la desaparición del sujeto del malestar subjetivo. No hay sujetos, hay trastornos. Ya no hay un joven con un conflicto en su adolescencia, ahora hay un trastorno alimentario. Ya no hay un joven con una crisis en la constitución subjetiva de la sexualidad, ahora

¹American Psychiatric Association (2002) DSM-IV-TR 2360. Barcelona: Masson.

hay un trastorno de género. La vacilación histérica - ¿soy mujer o soy hombre? – hoy es una identidad no binaria. Ese pensamiento clínico es evidente en los programas de asistencia y de docencia y en la estructura de los cursos, diplomaturas, grupos de trabajo y seminarios de cualquier institución. Ese deslizamiento se redobla en el auge de teorías donde el conflicto del sujeto se reemplaza por el cuidado de la persona inerte. Esa propuesta privilegia el cuidado de una persona infantilizada, al tiempo que escamotea al sujeto que esa persona es y al malestar que deriva de su condición inconsciente. Ahora se trata de cuidar a un bebé privado de amor y relativizar el conflicto subjetivo de una persona en la plenitud de sus funciones intelectuales y emotivas superiores. Los analizados no son adultos con conflictos, son niños abandonados o abusados que necesitan amor y cuidado maternal.

En los inicios del psicoanálisis prevalecía la distinción clínica entre el signo y el síntoma. Se seguía la tradición médica y psiquiátrica del siglo XIX. El signo era “visto” como un hecho anónimo dado a ver. El paciente daba a ver involuntariamente su padecer a través del signo de su fisiología corporal: la piel seca, la fiebre, el tono amarillo de sus ojos o su piel. La cualidad muda y anónima del signo lo diferenciaba del síntoma, que era dicho por la queja del paciente. El paciente se queja de sus síntomas y da a ver sus signos involuntarios. Esta diferencia sintáctica y pragmática entre el signo y el síntoma se mantuvo en la primera mitad del siglo XX. Aún Lacan mantiene la diferencia de la clínica de la mirada médica y psiquiátrica y la clínica de la escucha analítica. Sin embargo, Kandinsky había alertado en su Carta circular de 1912 que los símbolos visuales eran significantes. Y hoy, el arte conceptual y simbólico juega con la simbología visual y dialoga con el contexto y la figura. A mediados de siglo, la lingüística echó por tierra la distinción entre lo visto y de lo oído y aceptó que el sentido se expresa en todos los canales perceptivos: visuales, audibles, olfativos, táctiles, etc. Debía buscarse en otro nivel la diferencia entre el signo y el síntoma.

Tampoco el signo es asimilado sólo a lo visto. Él surge en la vista, el oído, el gusto, el tacto o el olfato. En el campo del discurso, se detectan signos en el acento de la persona, al advertir si es nativo o extranjero, en la manera de cantar el idioma del cordobés o del norteño, en la elle del litoral. Asimismo, si alguien se come la ese o la acentúa, se reconoce su origen o su aspiración social. La dimensión performativa del discurso muestra signos que informan sobre el origen del enunciador y sobre las emociones asociadas a la sintaxis de su discurso.

El signo suele surgir como asociación fija entre dos eventos, como ocurre en el clásico ejemplo de L. Prieto. En ese caso, la sucesión habitual del humo al fuego hizo del humo un signo: *donde hay humo, hay fuego*. Esa asociación no es natural. Es un producto del consenso parroquial como la luz del semáforo o la sirena de los bomberos. Una convención fija le quita al humo, a la sirena o a la luz roja el margen de variación propia de los significantes. Para un ejemplo, vale el humo en la representación teatral, todos saben que no hay fuego y no se llama a los bomberos. Sólo se lo evoca. Ya no es un signo, es una analogía entre significantes.

El signo es anónimo, unívoco y carece de un autor que lo articule poéticamente e interprete su sentido. Cada vez que surja un autor, el signo deja de ser tal y se convierte en un signifiante, pronto a deslizarse de su significado inicial y a ser usado en una poesía. En el ejemplo del fuego, el signo gana valor poético en la frase, *“donde hubo fuego, cenizas quedan”*; las cenizas ya no tienen el mismo valor signífico que el humo del ejemplo anterior, aquí pasan a tener una materia signifiante -que alude al amor o al deseo-, que se agrega. Y, con ello, también se gana un autor-sujeto que intercala su sentido. Humo y cenizas tienen una relación diferente con el fuego: humo es un simple signo del fuego -lo anticipa o reemplaza- y cenizas es la referencia metafórica, junto al fuego, de un hecho ajeno a él - el amor o el deseo.

Finalmente, las ideas de signo y de síntoma quedaron restringidas al lenguaje de la medicina y las de metáfora y de metonimia al del psicoanálisis. Los cuatro términos desaparecieron de la lingüística. Ya no figuran en el Diccionario de análisis del discurso de Charaudau y Maingueneau². Ni el signo ni el síntoma son fenómenos autónomos, desgajados del discurso general. Participan del acto sémico. Espero que este comentario abra un debate en el que distintas interpretaciones continúen el inevitable curso de la semiosis de este tema. Muchas gracias Enrique por darme la oportunidad de acompañarte en ese camino.

² Charaudeau, P. y Maingueneau, D. Diccionario de análisis del discurso. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.